

En silencio y en soledad

Daniel Carvajal Camacho



Capítulo 1

Hace un tiempo una amiga me pasó una entrevista a un músico. Decía que él inventaba dos motivos para cada canción y estaba intercambiando de uno a otro como uno de esos que hacen malabares. Eso me gustó e intenté hacerlo. Se me hizo más fácil plagiar la idea de un contemporáneo que sentir que le robaba el estilo a Cortázar en La noche boca arriba y Continuidad de los parques.

El cuento se llama: En silencio y en soledad.

El mar rugía y el viento aullaba, eran suaves flautas asiáticas aquella noche.

Un relámpago encendió, por un momento eterno, la alfombra color de león y las cuatro paredes de piedra. Un hombre leía sentado en un sillón Imperio. Con la barbilla enjuta golpeaba su pecho. Era entonces que sentía el peso de la novela en sus manos, la cual le parecía avanzar su trama aún en los momentos en que dormía.

Oía el papiro que describía la trama. El sudor de la aglomeración, la sangre de los afeitadores, el olor de la siega. Oía el bullicio de los mercaderes, la ciudad que zumbaba trayéndole imágenes y sensaciones, que comentaba. Oía al asno sobre la vía, a su jinete que parloteaba quejumbroso, los hombres quejarse también al apartarse a empujones. Oyó la risita del jinete ebrio de sol. Oyó los pies al chapotear en el patio del santuario.

Otra vez el relámpago despertó al viejo sombrío. Era un relámpago huérfano de trueno. De nuevo la imaginación del viejo levitó, tanto así que el mar ciego y el viento sordo, parecían ser interrupciones menores ante el oro de las páginas.

Aparte, en una vía más silenciosa, encontró a un vendedor de esclavos. El vendedor astuto apartó al jinete del bullicio de la música mal tañida. Prefirió hablar cerca de los dormitorios. El vendedor lamentó el hecho de que una cara indescriptible apareciera en una de sus paredes. El jinete del asno quién se veía ya contemplando los pechos piramidales de una esclava, se levantó. Impaciente por irse cambió la forma de su montura y con una mirada de burla siguió bajando por la vía. Tal era su prisa que no se descalzó las sandalias.

Al llegar a este punto el mar pareció agotarse. Ya clareaba el alba rosada. El buen lector acomodó su cuerpo para recibir la noticia del final que tantas veces había leído a lo largo de su vida silenciosa.

Entonces el jinete indiferente detuvo el burro junto a una terrosa pared insignificante. Echó una mirada a su escolta rezagada que venía a por lo menos 20 pasos de distancia. Prefirió esperar. Entonces la pared en todo su volumen se desplomó sobre jinete y burro. Dejando muy feliz al viejo lector.

Algo en aquella desgracia libresca lo hacía sentirse tranquilo y refugiado en la casa.

2020